

Representación, lenguaje e ideología en el discurso urbano

Representation, language and ideology in urban discourse

Bruno Cruz Petit

Universidad Motolinía del Pedregal, Ciudad de México
cruzpetit@hotmail.com

Resumen. Partiendo de las aportaciones teóricas que permiten avanzar en la comprensión de la ciudad como realidad construida por medio de representaciones individuales y sociales, este trabajo destaca la crítica al lenguaje en el estudio de la ciudad entendida como escenario de lucha simbólica, conectando dicha crítica con la recuperación de la noción de ideología. Por medio de un análisis del discurso, se aborda el concepto de ciudad global lanzado por Saskia Sassen en 1991, cuyo uso ha ido permeándose de interpretaciones no exentas de ciertos presupuestos ideológicos, no siempre explícitos. Éste es un ejemplo de cómo ciertas maneras de adjetivar la ciudad, más allá de sus virtudes como facilitadoras de la comprensión y de la práctica comunicativa, pueden ser interpretadas como ideológicas.

Abstract. Starting from theoretical contributions that help us to understand the city as actually built through individual and social representations, this paper highlights critique of the language used in the study of the city, understood as the scenario of a symbolic struggle for power, and connecting such criticism with the recovery of the notion of ideology. Through a critical analysis of discourse, the paper tackles the concept of the global city launched in 1991 by Saskia Sassen, which has been used with certain ideological and not always explicit assumptions. This is an example of how certain ways of describing the city, beyond its virtues as facilitators of understanding and communication practice, can be interpreted as being ideological.

Palabras clave. Representación social y ciudad; discurso urbano; ideología y lenguaje; narrativas urbanas; ciudad global.

Keywords. Social representation and city; urban discourses; ideology and language; urban narratives; global city.

En la representación simbólica de la ciudad, el lenguaje aparece como un vehículo esencial. Desde el auge de las aproximaciones semióticas y, posteriormente, las postestructuralistas y culturalistas, se sostiene que los signos lingüísticos, los discursos y las narrativas contribuyen a que una ciudad proyecte y, a la vez, sea el producto de multitud de significados surgidos de la interacción social. Aquí privilegiaré la noción de representación en el estudio de la ciudad porque su formulación desde la psicología social, que describiré basándome en Serge Moscovici (1979, 1989), conecta de manera muy clara los planos lingüísticos, semióticos, sociales e individuales, los cuales, en muchas ocasiones, aparecen como separados en los análisis de la significación urbana. El concepto de representación da pie al estudio no sólo de los significados, sino del proceso de creación de los signos. Integra el contexto social, ideológico e histórico, y conecta con el análisis crítico del discurso de raíz foucaultiana, la semiótica social y la sociolingüística.

De acuerdo con lo anterior, el esquema expositivo que sigue el documento pretende dar una idea de los distintos planos constitutivos de la representación de la ciudad. El documento parte de la percepción subjetiva del espacio, para conectarla con el constructivismo social de la ciudad, y ver posteriormente qué papel tiene el lenguaje en la construcción social de la representación urbana. Todo ello nos permitirá estudiar una expresión lingüística, la 'ciudad global', surgida hace unas décadas en el mundo académico y ya integrada en el discurso urbano cotidiano, con una mirada crítica atenta a su carácter de representación.

Espacio urbano y representación

La ciudad es una realidad construida físicamente y también cognitivamente. En el paso del nivel material al simbólico se producen interpretaciones de la realidad urbana vinculadas a valores y creencias que el analista crítico debe tener presente, en particular si llegan al grado de distorsiones de dicha realidad. En filosofía, el intervalo entre el ser de las cosas y el pensamiento que las percibe ha sido abordado históricamente con mucho detenimiento a partir de la modernidad de raíz cartesiana, cuando se sitúa al individuo y a la posibilidad del conocimiento en el núcleo del debate epistemológico, poniendo en cuestión la objetividad del mundo percibido por los sentidos. El mundo exterior, y con él el espacio, es conocido en la medida en que es vivido y percibido por un sujeto cognoscente cargado de razón (David Hawkes, 2003); la mente humana combina representaciones de los objetos externos para formar ideas más complejas. La participación subjetiva en el acceso al conocimiento será puesta de manifiesto tanto por los filósofos como por los psicólogos, entre los que cabe destacar a los estudiosos de la percepción espacial deudores del kantismo (psicología de la Gestalt). La ciudad que percibimos sería, en este marco conceptual, resultado de una combinación de los datos que nos da la experiencia y la modificación de éstos por parte de una mente individual que tiene su propia manera de organizar la información espacial.

Históricamente, la postura constructivista que se centra en el plano psicológico ha dado paso a la postura constructivista donde predomina el plano social, conviviendo con ella según los autores y las escuelas de pensamiento¹. El paso de una concepción “particular” a una “total” de ideología (Manheim, 2004, p. 89) ilustra esta evolución. En la concepción particular (la de Destutt de Tracy) la ideología es la ciencia que estudia la creación individual de ideas a partir de la manipulación de sensaciones. En cambio, en la concepción total de ideología de Marx se cuestionan las ideas, no a partir del ámbito psicológico de su enunciante, sino en base a una crítica al contexto social que las ha producido.

Así, las representaciones de la ciudad, aunque se ubican en las mentes de los individuos, no proceden en realidad de ellos sino de la sociedad. La ciudad es entonces una creación no solo física o subjetiva sino también una construcción social, pues no sólo es producida por la sociedad en su aspecto material y simbólico (resultado de un sistema económico, político, cultural y social determinado) sino que es percibida de acuerdo a unos valores y marcos de referencia sociales.

Podríamos sintetizar la idea de representación social del espacio retomando la distinción *lefebvriana* entre práctica espacial (el plano más cercano a la vida cotidiana, experimentado físicamente), espacios de representación (son los espacios vividos y concebidos colectivamente, que envuelven los espacios físicos y les sobreponen sistemas simbólicos) y las representaciones del espacio (Henri Lefebvre, 1991). Estas últimas constituyen un

¹ Kevin Lynch publicará en 1960 *La imagen de la ciudad*, un trabajo que se ha descrito como parte de la tradición constructivista psicológica gestáltica. Lynch descubre que cada habitante reorganiza los datos visuales provenientes del espacio urbano en una topografía propia (con caminos, bordes, íconos, barrios, representados con un tamaño mayor que el real) que facilita la creación de un vínculo cognoscitivo y afectivo con el entorno.

ámbito de espacio concebido por medio de códigos y discursos provenientes de la esfera del poder y de la producción. El lenguaje aquí es esencial para la configuración de una representación que, como veremos, en ocasiones podemos calificar de ideológica; ésta influye en los otros dos tipos de espacio vivido, pues las ideas que los urbanistas, políticos y científicos transmiten al hablar de la ciudad se difunden sobre las prácticas cotidianas y las impregnan de significado. La ciudad así creada en el contexto del capitalismo de la posguerra, con la ganancia como fin último (David Harvey, 2008), ya había sido objeto de críticas por parte de aquellos movimientos pioneros como la internacional letrista o la internacional situacionista, que, al mismo tiempo que denunciaba su carácter de construcción social, proponía otras formas de entender lo urbano, uniéndolo a la una experiencia artística, lúdica, y teniendo en cuenta lo que la psicogeografía señalaba respecto al efecto del entorno sobre las emociones y los comportamientos.

La ciudad y el lenguaje

El lenguaje toma un importante protagonismo en el siglo XX a la hora de estudiar los procesos de producción simbólica. Se habla del 'giro lingüístico' en las ciencias sociales en general, y en los estudios urbanos en particular, cuando estos entran en contacto y se nutren de los aportes de las ciencias del lenguaje, como la semiología. Fruto de ese encuentro, se estudian un gran abanico de hechos sociales, entre ellos la ciudad, a partir de la metáfora del lenguaje, es decir, viéndolos como signos cuyo significado hay que analizar. El lenguaje es protagonista en la construcción social de la realidad (Berger y Luckmann, 1986) en la medida en que es uno de los vehículos principales que articulan la subjetividad y la intersubjetividad en la vida cotidiana. Michel Foucault, a finales de la década de los sesenta, retoma la crítica nietzschiana del lenguaje y da el salto al estudio, no del lenguaje aislado de su contexto histórico, sino de los discursos producidos, desde distintas instituciones e instancias de poder, que condicionan el modo de percibir la realidad. Por su parte, Moscovici elabora en 1961 el concepto de representación social, inspirándose en Durkheim y conectando el plano social, las ideas de una conciencia colectiva en continua construcción, con los procesos cognitivos de los individuos (Moscovici, 1989). Éstos participan, junto con otras instancias como los medios de comunicación o las instituciones educativas, en la configuración de representaciones que no son estáticas, sino dinámicas (en Durkheim, justamente su permanencia en el tiempo les otorgaba la condición de realidad social y no psicológica). Son procesos que adquieren su condición de representación al difundirse a través de varios soportes, entre los cuales el lenguaje es esencial, y se consolidan a partir de una dispersión, a veces banalización, de la información (científica, religiosa, política...) con filtros, selecciones, adaptaciones, consensos.

La ciudad es abordada en numerosos estudios a partir de los años ochenta y noventa como un hecho eminentemente social de índole simbólica y lingüística, hasta el punto de que resulta impensable concebirla fuera del ámbito del lenguaje y el imaginario. Este último concepto incluye imágenes significativas (graffitis, monumentos, carteles, escaparates), metáforas urbanas y figuras topográficas, que dan lugar a una ciudad imaginada (también

publicitada y vendida), a un “urbanismo sin ciudad” (Armando Silva, 2007, p. 34). También Aldo Rossi (1975), con su propuesta de ciudad análoga, había reivindicado el papel de la memoria colectiva de los ciudadanos en el diseño de una ciudad, dando una visión alternativa a la legibilidad formalista de la ciudad expuesta por Lynch. Todo ello inspiró los trabajos de tipo culturalista que ven una autonomía y lógica interna en el desarrollo de las representaciones y significados asociados a la ciudad, conformados por una multitud de narrativas e imaginarios que derivan de las mismas prácticas e interacciones de los ciudadanos. No hay la actitud de sospecha ante la representación que encontramos en las posturas materialistas, ni tiene el espacio físico la preponderancia que tenía en dichas posturas. El espacio es visto sobre todo como espacio construido por múltiples prácticas y discursos que circulan en la sociedad². Se retoma la idea foucaultiana de poder emanado de muchos dispositivos e instituciones, y la ciudad aparece conformada a partir de muchas instancias, no sólo de un poder político central o de una clase dominante. Además, el lenguaje colabora en la consolidación de narrativas cuyo poder no sólo está en la solidez o lógica del discurso, sino en su capacidad de seducción. Esto último será un factor clave para que muchas narrativas se conviertan en instrumentos poderosos en manos de mercadólogos, comunicólogos, urbanistas y políticos que, con ellas, dan sustento a sus campañas de imagen; no sólo se usan para vehicular y fortalecer imaginarios propios de la sociedad, sino que, en ocasiones, se construyen artificialmente; e, inevitablemente, se vehicular en función de ciertos intereses. La ciudad se convierte así en el “teatro de una guerra de relatos” (De Certeau, 1999, p. 114), en el que los relatos de la tv o la publicidad pueden llegar a borrar los relatos espontáneos de los ciudadanos.

Discurso urbano e ideología

Las críticas al uso de un determinado vocabulario en el discurso urbano buscan ser un modo de desnaturalizar una terminología que vehicula mensajes ideológicos. Roland Barthes (en Olivier Reboul, 1986, p. 35) señaló que el poder se inscribe en el lenguaje, por lo que es pertinente pensar en los mecanismos que articulan esa relación. Siendo la lengua un sistema de signos, y el habla es el uso espontáneo que los individuos hacen de la lengua, podemos preguntarnos si la ideología que se transmite al representar la ciudad parte de la lengua o del habla. Olivier Reboul (1986) señala que existe una realidad intermedia entre lengua y habla, que es el discurso. Es éste el nivel en el que se introduce el elemento ideológico, ya que es regido por un subcódigo (liberal, marxista, jacobino...), desde el momento en que ciertas palabras adquieren un significado especial, se resemantizan y, por otra parte, se proponen palabras y expresiones nuevas (normalmente a partir de palabras existentes), sin llegar a crearse un código totalmente nuevo; por ejemplo, ‘proletarización’ en teoría social. Los individuos, sin saberlo, están condicionados por la

² Se enfatizan así, de acuerdo con los postulados del interaccionismo simbólico, los procesos de abajo arriba, el mundo de lo microsociedad, más que lo estructural, las condiciones, reglas e restricciones a la agencia individual. Para Daniel Hiernaux, Alicia Lindón y Miguel Ángel Aguilar (2006), es importante rescatar la mirada del sujeto y su experiencia espacial en la metrópolis contemporánea, la vivencia cotidiana de espacios que se convierten en lugares en su mundo de sentido.

existencia de dichos subcódigos ideológicos que se filtran en el habla común y configuran sus representaciones.

Se podría discutir en qué dirección interactúan los fenómenos cognitivos, lingüísticos e ideológicos; si las representaciones generan el lenguaje o al revés; o si el aspecto cognitivo es una consecuencia, como se suele argumentar, del habla y la ideología. Probablemente estamos ante bucles causales y relaciones que varían según cada caso, cuya complejidad merece estudios parciales en profundidad. Para Teun Van Dijk (2008), las ideologías controlan, aunque de manera indirecta, las representaciones mentales, las cuales, a su vez, conforman el discurso. Los individuos suelen usar discursos ideológicos sin ser conscientes de ellos, ya que el discurso ideológico, en muchos casos, busca más una adhesión a una postura determinada que la reflexión racional. Por ello, un aspecto que sobresale en los estudios sobre ideología y lenguaje es la importancia de la connotación. Siendo el discurso ideológico comúnmente connotado, la ocultación de este hecho es parte de la naturaleza ideológica del discurso, así como la disimulación de la presencia de figuras retóricas y de expresiones que, por su uso repetido, llegan a convertirse en parte de un lenguaje que no se percibe como figurado (Gerard Genette, 1968). Pierre Bourdieu (1985, pp. 98-100) afirma que “el trabajo político de la representación [...] eleva a la objetividad de discurso público o práctica ejemplar una manera de ver y de vivir el mundo [...]; este lenguaje político no marcado políticamente se caracteriza por una retórica de la imparcialidad” que produce enunciados presentados como resultado de consensos, equilibrios y sentido común. En las ideologías difusas, al servicio de un poder establecido, se producen lexificaciones que ocultan la figura, buscando convertirse en clichés, lugares comunes indiscutibles cuya eficacia radica en la trivialidad. Van Dijk (2006, p. 342) habla de “estructuras del discurso” implicadas en la formación de ideologías: lexicalización, pero también uso de tópicos, un determinado nivel de detalle escogido para una descripción (con omisiones voluntarias), un estilo o la coherencia aparente del texto. La repetición de determinado vocabulario dentro de una misma comunidad (política, académica...) puede desembocar en el uso irreflexivo de tópicos o la simplificación de ideas que, en su formulación original, aportaban un matiz de complejidad.

Pese a la eficacia ideológica que pueda lograrse por medio de los recursos que ofrece el lenguaje, no hay que olvidar que el contexto marca en gran parte el grado de aceptación de todo discurso. Van Dijk (2006, p. 239) cita entre las variables que entran en juego en los contextos comunicativos el tipo de participante y el tipo de evento. Son “restricciones contextuales” que afectan a la reproducción discursiva de las ideologías y que ponen en cuestión la idea de que las estructuras del discurso controlan las representaciones sociales, como se afirma desde un enfoque excesivamente deudor del ‘giro lingüístico’ en las ciencias sociales. En este sentido, cabe recordar las reflexiones de Bourdieu (1985) sobre el habla, pues en ellas hay una crítica radical a la dominación de la lingüística sobre la sociología³.

³ El pensador francés señala que “desde el momento en que se trate al lenguaje como un objeto autónomo, aceptando la radical separación de Saussure entre la lingüística interna y la lingüística externa, entre la ciencia de la lengua y la ciencia de los usos sociales de la lengua, nos vemos abocados a buscar el poder de las palabras en las propias palabras” (Bourdieu, 1985, p. 67).

Para este autor, el lenguaje no es tanto causa, sino también consecuencia de lo social; los discursos emanan de las relaciones de poder simbólico, actualizan las relaciones de fuerza existentes entre individuos y grupos. La eficacia ideológica de las palabras proviene del reconocimiento del receptor de la autoridad del productor del discurso, cuya palabra “concentra el capital simbólico acumulado por el grupo que le ha otorgado ese mandato y de cuyo poder está investido [...]”; además “las características estilísticas del lenguaje (sacerdotes, profesores) proceden de la posición que ocupan en un campo de competencia esos depositarios de una autoridad delegada” (Bourdieu, 1985, p. 69).

Una postura matizada, que contemple la importancia del discurso en sí mismo, pero que dé peso al contexto de pronunciación del mismo, aparece como plausible. En realidad, dicha postura retomaría la idea de representación social, tal como la concibió Moscovici, en la que, siendo el lenguaje un vehículo indudablemente poderoso para la transmisión del saber social, el fenómeno de la representación social engloba muchos procesos, no sólo la enunciación de discursos, sino también la difusión de los mismos y su misma distorsión en diversas instancias; el contenido ideológico y su fuerza se podría ubicar en alguna o varias de las etapas de la formación de la representación. En todo caso, en los análisis de los discursos hegemónicos sobre la ciudad es interesante no perder de vista las condiciones sociales de producción de éstos a la hora de explicar el origen de ciertas expresiones y narrativas que han conseguido un estatus de legitimidad y, por lo tanto, una eficacia ideológica que otros discursos no tienen.

La expresión ‘ciudad global’

Uno de los actos lingüísticos más determinantes en la construcción de representaciones sociales de la ciudad es el acto nominativo. Por medio de una palabra, designamos de una cierta manera una realidad física que, al difundirse, se constituye como referente para un determinado colectivo. Como en toda representación, se enfatizan unos rasgos de la realidad en detrimento de otros, en aras de disponer de una idea operativa con la que se facilita la comunicación y se orientan las prácticas cotidianas.

Desde la crisis de la ciudad clásica e industrial, entre los académicos se han multiplicado nombres y adjetivos que buscan hacer abarcable un fenómeno como el espacio urbano contemporáneo, que se ha transformado a pasos de gigante. Megaciudad y megápolis, son algunos de los sustantivos que nos hablan de las dimensiones de numerosas ciudades. También encontramos términos como ciudad difusa, extendida o vertical, que nos informan tanto del tamaño como de la densidad de la aglomeración humana. Edward Soja (2008) habla de nuevas espacialidades flexibles, alejadas, polarizadas, marginadas o simuladas (*flexcity*, *exópolis*, *polaricity*, *carceral city*, *simcity*), en una posmetrópolis dada por el desarrollo tardocapitalista. François Ascher (2010, p. 48), con el término *metápolis*, se refiere a la forma y al uso de las grandes conurbaciones polinucleares y heterogéneas donde el ciudadano vive la ciudad como hipertexto usando distintas escalas del territorio de manera distinta en diferentes momentos. Uno de los términos que pone énfasis en el tipo de

actividad económica presente en la ciudad y que ha tenido más repercusión ha sido el de ciudad global. Fue propuesto por Saskia Sassen en 1991 para describir núcleos urbanos en los que se concentran servicios financieros, legales y la gestión de las empresas multinacionales.

Veamos qué mecanismos discursivos están siendo empleados en la presentación de la ciudad global. Para el presente análisis, he revisado las versiones en español y la original en inglés, sin encontrar distorsiones significativas en los giros lingüísticos. A efectos de agilidad de lectura, las transcripciones son extraídas de la versión en español.

En su capítulo dedicado al vínculo entre ciudad y economía global, Sassen sostiene que:

Los servicios a la producción se han convertido en componentes centrales [dentro del proceso de trabajo [...]]. La actividad financiera ha funcionado como uno de los servicios a la producción claves [...]. La desregulación y la internacionalización del sistema financiero en los principales países desarrollados han tomado lugar sin importar las diferencias entre esos sistemas y sus marcos regulatorios, sus historias y las economías en las que ellos funcionan. La profundidad de estos cambios regulatorios bajo condiciones tan diversas es un indicador de la extensión de la internacionalización de la actividad financiera y del peso de la transformación. A su vez, el enorme incremento en el volumen y el valor de las transacciones es un indicador del carácter altamente innovador y especulativo de esta actividad en los años 90 (Sassen, 1999, pp. 156-157).

En el párrafo anterior vemos yuxtapuestos conceptos como servicios a la producción, actividad financiera, innovación y desregulación. La actividad financiera es presentada como un servicio clave en la producción (aunque a veces sirva para especular y pueda perjudicarla), y la desregulación, como resultado de la extensión de la actividad financiera (y no como un acto político-jurídico, con personas que han votado ciertas leyes, en ocasiones influidas por ciertos *lobbies*). Se reconoce el carácter especulativo de esta actividad, pero éste es paralelo a su carácter innovador. Estamos ante el ocultamiento de una debilidad, la especulación masiva (cuya ausencia debilitaría el discurso), al unirla a una virtud que, en realidad, es una palabra con prestigio: innovación.

En general, la concentración de servicios financieros se presenta en el libro no como producto de una política de concentración de la riqueza y de expansión de una desigualdad injusta, sino como resultado inevitable de una evolución económica que conduce a la centralidad en la oferta de servicios avanzados e innovación, misma que articula la economía nacional con la global.

La dispersión geográfica de fábricas, oficinas y comercios (*service outlets*) junto con la organización de la actividad financiera durante la última década, han contribuido al requerimiento de nuevas formas de centralización de la gestión y la regulación de las redes globales de sitios de producción y de mercados financieros [...]. Consecuencia de ello es la creciente importancia de ciudades como Nueva York, Londres y Tokio, en tanto centros de finanzas y en tanto centros de gestión y oferta de servicios globales (Sassen, 1999, p. 159).

Para describir el traslado de plantas productivas a otros países, se elude usar la palabra 'deslocalización' (que pertenece a otro subcódigo ideológico y tiene otras connotaciones), y

se opta por una perífrasis más larga. De nuevo la concentración socioespacial financiera aparece como forma necesaria en las nuevas formas de centralización.

La gestión de la producción (que también tiene lugar en los países productores, puesto que corre a cargo en muchos casos de empresas externas) se mezcla con la actividad financiera que se apropia de beneficios y se concentra geográficamente en centros que “regulan las redes globales de sitios de producción y de mercados financieros”.

[...] La creciente globalización y la continua concentración del control económico han otorgado a estas grandes ciudades un rol central en la gestión y el control de las redes globales [...]. La dispersión espacial de la producción y la reorganización de la actividad financiera durante la última década han creado nuevas formas de centralización con el fin de gestionar y regular las redes globales de sitios de producción y de mercados financieros [...]. En buena medida, el peso de la actividad económica durante los últimos quince años se ha desplazado desde los lugares de producción, como Detroit y Manchester, hacia los centros de finanzas y servicios altamente especializados (Sassen, 1999, pp. 370-371).

De nuevo se dan como espontáneos fenómenos que hubieran podido ocurrir de otro modo si las relaciones de fuerzas políticas hubieran sido distintas. La repetición de ideas, expresadas con distintas palabras, es aquí un recurso discursivo claramente presente. En el párrafo anterior se enfatiza la idea de que en una sociedad de servicios los centros de finanzas tienen el papel que habían tenido los lugares de producción industrial; estamos ante un uso de la repetición de un argumento que busca imponerse como verdad objetiva e imparcial.

S. Sassen no ignora el auge de la desigualdad en el mundo globalizado y, pese a no ser tema central, es un asunto estudiado en distintos capítulos de su libro.

El giro hacia una economía de servicios en muchos países altamente desarrollados ha provocado una mayor proporción de empleos de bajos salarios en relación con la situación anterior, donde la situación fabril era la principal. Las nuevas actividades, especialmente la electrónica, poseen una alta proporción de empleos de bajos salarios en producción y ensamblaje, mientras que varias de las industrias más antiguas han llevado a cabo una reorganización social del proceso de trabajo que tuvo como resultado un aumento de las plantas no agremiadas y un rápido incremento de la subcontratación (Sassen, 1999, p. 256).

El tratamiento que recibe el tema es claramente economicista, nunca político; la desigualdad es producto lógico de una evolución económica. El razonamiento expuesto es que una economía de servicios polariza el ingreso y crea empleos de baja remuneración porque la nueva estructura del trabajo pide empleos, por un lado, con baja capacitación, y otros de altísima especialización. Se menciona que, en el sector servicios, hay una fuerte tendencia a producir más trabajos a medio tiempo (“part-time jobs”) en comparación a la industria manufacturera (Sassen, 1991, p. 286). Al decir fuerte tendencia (“strong tendency”), se despolitiza el fenómeno. Sin embargo, queda ambiguo por qué las nuevas empresas de servicios especializados ofrecen salarios más bajos que las antiguas industrias donde también había trabajo poco especializado. La autora apunta a la pérdida de derechos

laborales, descrita como “reorganización social del proceso de trabajo que tuvo como resultado un aumento de las plantas no agremiadas y un rápido incremento de la subcontratación”. Se elude la palabra sindicato, usando la expresión plantas “no agremiadas”, que se beneficia de la connotación negativa o neutra (por su origen histórico más lejano) que tienen la palabra “gremio”. La perífrasis larga, “reorganización social del proceso de trabajo” (que sería una expresión propia del subcódigo ideológico neoliberal), suaviza la aspereza que pudiera reflejar una expresión más directa sobre un asunto delicado socialmente (el despido, o contratación temporal). Éste es un recurso que se repite en la obra. Con barroquismo lingüístico, se presentan ideas polémicas bajo un envoltorio académico y riguroso.

También encontramos otro recurso propio del discurso ideológico: las omisiones a datos que pudieran distorsionar el discurso, aquí favorable a la globalización tal como se ha llevado a cabo. Se corresponden, además, con una atención más detallada a aspectos que no figuran en estudios críticos. En el párrafo que sigue hay una explicación de un factor poco conocido que pudo haber desencadenado la desigualdad:

En el periodo de la posguerra la economía funcionaba de acuerdo a una dinámica que transfería los beneficios acumulados por las industrias nucleares hacia los sectores más periféricos de la economía [...]. Para fines de 1970 el poder de fijación de los salarios por parte de las industrias líderes y este efecto de derrame se habían socavado (Sassen, 1999, p. 257).

La transferencia de riqueza a los sectores periféricos pudo haber sido una cuestión de redistribución del ingreso en un marco sociopolítico distinto, con el consiguiente aumento del consumo privado en las clases medias, algo que sólo aparece en el libro muy brevemente.

Pese a todo lo visto en los análisis anteriores, el argumento crítico (la erosión de las conquistas laborales) es retomado puntualmente, ya que no mencionarlo quitaría credibilidad al discurso. En el texto es señalada la retirada del estado en ciertos sectores y el papel de la privatización de servicios en la expansión del trabajo a medio tiempo (1991, p. 287). Sin embargo, la pérdida de conquistas laborales es presentada como un factor más entre otros (en el mismo plano que los paros voluntarios), no como factor clave.

El crecimiento de la desigualdad está además alimentado por la erosión de las conquistas laborales en la industria y por la alta incidencia de paros involuntarios y cierre de plantas que afectan a trabajadores sindicalizados y bien remunerados. Finalmente, el giro global hacia una economía de servicios implica una proporción mayor de puestos de salarios bajos que la que implicaba una economía basada en un fuerte sector industrial. El resultado general es una polarización del ingreso (Sassen, 1999, p. 285).

Las posibles críticas al concepto de la ciudad global basadas en que se está usando una perspectiva excesivamente economicista, que efectivamente están, por ejemplo, en Harvey (2002), son previstas por Sassen, quien incorpora este punto para demostrar que lo ha tomado en consideración.

Este proceso plantea varios interrogantes acerca de la intersección de la economía con la política y acerca de las tendencias “naturales” de las economías capitalistas. En primer lugar,

cabe preguntarse si el conjunto social del periodo de posguerra fue el resultado del peso de las políticas locales en una fase de desarrollo [...]. Una cuestión central para la política es qué ocurre con la responsabilidad cuando los sectores económicos dominantes están orientados a un mercado mundial y a firmas antes que a individuos. La incómoda pregunta acerca de la posible vinculación entre el repentino crecimiento de la pobreza [...] con el complejo orientado al mercado mundial mucho menos dependiente de los factores locales [...]. Existe, sin duda, una clase de trabajadores que se ha beneficiado de este nuevo complejo productivo (Sassen, 1999, pp. 380-381).

El carácter ideológico que envuelve al concepto de ciudad global ha sido señalado por varios autores. Marcio Siqueira (2010) sostiene que hay una debilidad teórica en la formulación de un concepto (la innovación o la gestión no sólo se produce en ciudades globales) que cumple una función no sólo descriptiva, sino también prescriptiva. John R. Short (2004) afirma que el cariz ideológico de esta construcción social radica en la descripción-propuesta de un modelo de competición entre ciudades; la cual, por un lado, presenta a los centros pudientes del mundo como producto de una competencia legítima y, por otro, insinúa la posibilidad de que otras ciudades puedan acceder al ranking de ciudades globales, sin mencionar las consecuencias de las políticas orientadas a este objetivo. En otras palabras, no podemos comprender la aparición del concepto de ciudad global sin la estructura teórica que explica el carácter de lo que Fredric Jameson (1991) llama el capitalismo tardío, o multicapitalista, que no es tanto un capitalismo posindustrial como un capitalismo puro vinculado a la corriente cultural dominante, que es la posmodernidad. Dicho capitalismo se expande por todo el globo eliminando aquellos enclaves de organización precapitalista que se habían tolerado o quedaban demasiado lejos para ser contemplados como fuente de riqueza. Para David Harvey (1998, p.9), el surgimiento de nuevas formas de experimentar el espacio y el tiempo está en la base de las formas culturales posmodernistas, con “modos más flexibles de acumulación de capital y un nuevo giro en la compresión espacio-temporal del capitalismo”, compresión muy presente en el carácter de los nodos de redes que representan las ciudades globales.

En este trabajo, sin dejar de señalar la existencia de unas estructuras del discurso, mencionadas por Van Dijk (repetición, omisiones, nivel de detalle escogido, uso de tópicos, estilo científico), favorables a una interpretación determinada de la globalización, hemos mostrado que la obra de Sassen no ignora las vertientes más oscuras de la ciudad global. Por consiguiente, debemos pensar que la eficacia ideológica y la deriva neoliberal que ha tomado el concepto proviene también del contexto social y político al que se ha incorporado. Es decir, no tanto o no sólo proviene de los recursos del discurso, sino de su condición de representación.

Efectivamente, S. Sassen admite que uno de los rasgos de las ciudades globales es la polarización social (la ciudad dual); de la lectura atenta a su trabajo se deduce que querer pertenecer a ese círculo significa asumir un alto costo social. Pero, en la divulgación del discurso entre los planificadores urbanos, esto no se presenta de manera clara. Ser ciudad global es aspiración de muchas ciudades que tratan de tener los atributos asociados al concepto para atraer al turismo y a la inversión. La expresión ‘ciudad global’ se ha difundido

en varias publicaciones, informes, congresos, rankings y documentos inspiradores de políticas públicas. Surgida en el mundo académico, al saltar al mundo político y social, se ha convertido en una representación social que dirige unas conductas, ofreciendo una interpretación de la realidad. De este modo, podemos afirmar que estamos ante una representación de la ciudad que deriva de un proceso de difusión y apropiación de una idea por parte de una comunidad (en este caso, promotora del capitalismo tardío), tal como lo describe Moscovici (1989). La eficacia de la representación deriva en gran medida del poder de dicha comunidad, que no sólo hay que ubicarla en las universidades en las que ha dejado huella S. Sassen (que pertenecen a cierta esfera ideológica), sino en las instituciones y revistas especializadas que publican rankings o publicaciones de congresos, que se han apropiado del concepto de ciudad global. El análisis de la obra de Sassen nos ha permitido ver que, si bien hay un discurso con expresiones impregnadas de connotaciones neoliberales, no se eluden las consecuencias sociales menos positivas del proceso de globalización. Es la representación del concepto, su banalización y adecuación a distintos fines y soportes, lo que ha ido permeándolo de ideología, su transformación en deber ser y el aura de prestigio que acompaña el calificativo de global aplicado a la ciudad.

Como toda representación, la ciudad global es una simplificación de la realidad compleja de las ciudades contemporáneas (Jennifer Robinson, 2006, p. 222), que al mismo tiempo es uno de los secretos de su éxito y difusión entre planificadores urbanos y políticos, por lo que, en su desarrollo, ha terminado por tener un carácter ideológico al ser usada por una clase política y económica con unos resultados sociales determinados. Ser ciudad global aparece, en este contexto, como la aspiración legítima de las ciudades que quieran ser exitosas; para lograrlo, hay que crear una ciudad atractiva a los inversores, es decir, plegarse a unas condiciones favorables a los estamentos más pudientes de la sociedad, invirtiendo en los espacios más atractivos para el flujo financiero (centros históricos, comerciales, oficinas, campos de golf...) en detrimento de las zonas más vulnerables. Dados unos presupuestos públicos limitados, la inversión en centros de negocios, en íconos arquitectónicos o en espacios públicos glamurosos va en detrimento de la inversión en otros rubros, como el gasto social, aunque se supone que toda la ciudad se beneficia a largo plazo de la llegada del capital global. Hay en este supuesto una teoría económica implícita, que es la de la filtración de la riqueza a todos los niveles sociales como resultado de una creación de la misma en sus estratos más altos. En el caso de la expresión 'ciudad global' se aprovecha la actualidad y atractivo de los estudios sobre globalización, fenómeno que se ve como culminación de la evolución tecnológica y de la vida cosmopolita, cuyo prestigio refuerza la aceptación del concepto. Estamos entonces frente a un caso de lexicalización que desempeña un papel semántico, creándose un término que aprovecha una laguna en el lenguaje y que aparece como indispensable, pero que llega envuelto en un discurso ideológicamente connotado.

Conclusiones

Entre los teóricos que han abordado la representación que hemos citado en este documento, puede trazarse una línea que separa los que advierten de los peligros que

entraña la representación, generalmente deudores del materialismo (Lefebvre, Harvey), y los que enfatizan el carácter funcional, inevitable y positivo de la representación (Silva, Rossi). De un lado, tendríamos propuestas afines a las filosofías de la sospecha, donde se abordan las consecuencias políticas y morales de las representaciones en sociedades donde predomina el conflicto. Del otro, ideas deudoras de las ciencias del hombre (la sociología durkheimiana y la antropología funcionalista, entre otras) que presentan la dimensión simbólica como inherente a la condición humana y la cultura como mecanismo fortalecedor de los vínculos sociales. Así, las representaciones lingüísticas de la ciudad pueden ser vistas a partir de un enfoque que subraye las prácticas comunicativas como terreno donde se despliegan las relaciones de poder y donde se promueve una ideología; o, por el contrario, como un modo mediante el cual el mundo y, en concreto, lo urbano, adquiere significado, es comunicable y, por lo tanto, genera comunidad, identidad, cohesión. Una postura intermedia, que se integra en una visión compleja de las diferentes situaciones sociales y discursivas, defendería la validez de ambas visiones dependiendo de la situación. El lenguaje puede ocultar o desvelar, puede confundir, enajenar o aclarar; de hecho, la crítica del discurso sólo es realizable con otro discurso. En otras palabras, el discurso sirve para difundir ideas que favorecen un orden determinado, pero, en otros casos, también sirve para denunciar su dimensión ideológica.

La adjetivación de la ciudad más allá de los calificativos relativos a su forma constituye un acto denominativo no exento de polémica. Además de ciudad global, desde hace unos años se habla de ciudad inteligente y de ciudad del conocimiento. Los primeros conceptos que se formularon en esta línea, como el de ciudad informacional (Manuel Castells, 1995), apuntaban hacia el universo de la tecnología y la transmisión digital de información que condiciona una reorganización en los procesos económicos y en la estructura del trabajo. Progresivamente, a estos aspectos más neutrales, se añadieron variables de estudio enfocadas a evaluar su uso y su vínculo con el conocimiento, la innovación y la inteligencia. En muchos casos, se formaron, bajo estos calificativos, representaciones, eslóganes y operaciones publicitarias para convencer a la población, al turismo y a los inversores de las virtudes de una ciudad (Jordi Borja, 2013).

En el fondo del debate sobre las virtudes o peligros de la representación está la aceptación de la existencia del fenómeno de la ideología, sea como un conjunto coherente de ideas dominantes, o fragmentada en múltiples corrientes intelectuales que coexisten en un mismo periodo. Desde planteamientos de índole posmoderna, uno puede preguntarse cómo se puede distorsionar la verdad si la verdad es inaccesible (Michael Freeden, 2003, p. 112), siendo la realidad siempre conocida de manera mediatizada; no habría ideologías, siguiendo este supuesto, sino discursos que se reemplazan unos a otros. Estos cuestionamientos están en la base de lo que se llamó el fin de las ideologías y radicalizan la postura constructivista hasta señalar que la realidad no es representada, sino construida, es decir, tomando en un sentido casi literal una expresión, "la construcción de la realidad", que en un inicio había sido metafórica. Si admitimos aquí cierto realismo filosófico y que hay descripciones de la realidad más acertadas que otras, cabe defender la noción de representación (compatible, en muchos casos, con la de construcción), así como la de ideología, en el momento en el que dicha representación está monopolizada o influida por unas creencias que favorecen determinados grupos sociales.

John T. Jost (2006, p. 652) señala que, en décadas pasadas, ha habido una proclamación prematura del fin de la ideología y que, analizando los medios de comunicación en EEUU, puede detectarse un claro sesgo ideológico en sus noticias, sobre todo desde la invasión a Irak. Curiosamente, sostiene Jost, es la psicología (junto con las ciencias de la comunicación) la disciplina que ha puesto más atención a un tema arrinconado por parte de la ciencia política contemporánea, la sociología e, incluso, la filosofía, desde la misma incredulidad de Jean-François Lyotard (1986) ante los grandes metarrelatos como el marxista. Desde la psicología y los estudios de cultura política, se ha debatido en qué medida las actitudes políticas de los ciudadanos carecen de la consistencia necesaria para ser susceptibles de incorporar un sistema coherente y abstracto de representaciones como es una ideología. Sería éste un tema para extensos estudios de campo que aclararan en qué medida o con qué grado de coherencia están extendidas las ideologías, pero un punto de partida podría ser pensar que, como otros sistemas de creencias, las ideologías tienen la virtud de satisfacer profundas necesidades cognitivas y sociales, haciendo abarcable lo inabarcable, dando sentido al mundo. Estaríamos ante un uso del término ideología que enfatiza su carácter de representación, tal como aquí se ha defendido; aunque no siempre perfectamente estructurada, sería una representación que funciona como indicador sobre cómo las personas construyen el mundo, se posicionan en el terreno de las ideas y acotan la infinidad de significados y opciones de vida.

Bibliografía

- Ascher, François (2004). *Los nuevos principios del urbanismo*. Madrid: Alianza.
- Berger, Peter L., y Luckmann, Thomas. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Borja, Jordi (2013). "Ciudades inteligentes o cursilería interesada". *Diario Público* 02-12-2013.
- Bourdieu, Pierre (1985). *¿Qué significa hablar?* Madrid: Akal.
- Castells, Manuel (1995). *La ciudad informacional. Tecnologías de la información, estructuración económica y el proceso urbano-regional*. Madrid: Alianza.
- De Certeau, Michel; Giard, Luce, y Mayol, Pierre (1999). *La invención de lo cotidiano. Vol. II*. México: Universidad Iberoamericana (Primera ed. en francés, 1990, Gallimard).
- Genette, Gerard (1968). Introduction. En Pierre Fontanier, *Les figures du discours* (pp. 5-17). París: Flammarion.
- Freeden, Michael (2003). *Ideology*. Oxford: Oxford University Press.
- Harvey, David (1973). *Social justice, postmodernism, and the city*. Londres: Edward Arnold.
- Harvey, David (1998). *La condición de la posmodernidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hawkes, David (2003). *Ideology*. Nueva York: Routledge.
- Hiernaux, Daniel; Lindón, Alicia, y Aguilar, Miguel Ángel, coords. (2006). *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. México-Barcelona: UAM-Anthropos.
- Jameson, Fredric (1991). *El postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Jost, John T. (2006). The end of the end of ideology. *American Psychologist*, 61(7), 651-670.
- Lefebvre, Henri (1991). *The production of space*. Blackwell: Cambridge.

- Lyotard, Jean-François (1986). *La condición posmoderna: informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.
- Moscovici, Serge (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Huemul.
- Moscovici, Serge (1989). Des représentations collectives aux représentations sociales: éléments pour une histoire. En Denise Jodelet (dir.), *Les représentations sociales* (pp. 62-86). París: PUF.
- Reboul, Olivier (1986). *Ideología y lenguaje*. México: FCE.
- Robinson, Jennifer (2006). Global and world cities: a view from off the map. En Neil Brenner y Roger Keil (eds.), *The global cities reader* (pp. 217-223). Routledge: Nueva York.
- Rossi, Aldo (1975). "La arquitectura análoga", en 2C-Construcción de la ciudad, núm. 2, abril. <https://upcommons.upc.edu/bitstream/handle/2099/4992/Article03.pdf;jsessionid=7717AFF2496BF93CEF7F4CF14D38020F?sequence=1>
- Sassen, Saskia (1991). *The global city*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Sassen, Saskia (1999). *La ciudad global*. Buenos Aires: Eudeba.
- Short, John R. (2004). *Global metropolitan: Globalizing cities in a capitalist world*. Londres, Nueva York: Routledge.
- Silva, Armando (2007). *Imaginario urbano en América Latina: urbanismos ciudadanos*. Barcelona: Fundació Antoni Tapies.
- Siqueira, Marcio (2010). *Analysing the 'Global City: Meanings, evolution and challenges*. Milán: Facultad de Arquitectura y sociedad-Politécnico de Milán.
- Soja, Edward W. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Van Dijk, Teun A. (2006). *Ideología, una aproximación multidisciplinaria*. Sevilla: Gedisa.
- Van Dijk, Teun A. (2008). Semántica del discurso e ideología. *Discurso & Sociedad*, 2(1), 201-261.

Historia editorial

Recibido: 3/12/2015

Aceptado: 5/4/2016

Publicado: 4/5/2016

Formato de citación

Cruz Petit, Bruno (2016). Representación, lenguaje e ideología en el discurso urbano. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 6(1), 51-64. http://www2.ual.es/urbs/index.php/urbs/article/view/cruz_petit



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.